



Brizuela, Monserrat. "Reseña bibliográfica: Margo Glantz, *El texto encuentra un cuerpo*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2020, vol. 9, n° 19, pp. 233-236

Margo Glantz
El texto encuentra un cuerpo
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2019
213 pp.



Monserrat Brizuela¹

Recibido: 15/05/2020

Aceptado: 01/06/2020

Publicado: 06/07/2020

Del cuerpo, la escritura y las mujeres

*Insisto: mi mirada es una mirada
fragmentaria, femenina.*

Margo Glantz, *El texto encuentra un cuerpo*

En el volumen *El texto encuentra un cuerpo*, la distinguida escritora, ensayista, crítica literaria y académica mexicana Margo Glantz reúne treinta y ocho ensayos contruidos como un emblema que enlaza y entreteje algunas de sus obsesiones (6). El texto se inaugura con una "Advertencia" en la que la autora expone, desde un lugar entrañable y personal, los propósitos del libro: "En pocas palabras, quisiera analizar

el problema de la escritura propiamente dicha (y de la lectura que propicia) relacionándola con la actividad manual necesaria para ponerla en marcha" (5). A partir de la cita de Bernal Díaz del Castillo, quien en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* advierte que, antes de comenzar a escribir, iba a poner "la lengua en la mano" y, como si se tratara de observar de manera exhaustiva una obra pictórica, Glantz revisita grandes clásicos de la literatura con el estilo poético y reflexivo que caracteriza su escritura.

La serie de ensayos que componen el volumen está organizada de modo fragmentario. Cada uno de estos exhibe un curioso e interesante título que adelanta el asunto del texto: algunos son meras afirmaciones, advertencias o preguntas retóricas que asombran y generan intriga en el

¹ Profesora en Letras (UNMDP). Contacto: monserratbrizuela@hotmail.com

lector. En estos textos, lo llamativo reside en el universo literario y femenino que evocan, en el cual se destacan notablemente los nombres propios de mujeres escritoras de todos los tiempos y lugares: Mariana Alcoforado, Jane Austen, Charlotte Brontë, George Elliot, Virginia Woolf, Jean Rhys, Djuna Barnes, Akiko Yosano; personajes literarios como la mítica Emma Bovary, grandes artistas como Frida Kahlo y elementos tradicionalmente asociados al mundo femenino, tales como “alhajas”, “secretos”, “bella caligrafía”, “bruja”, “aguja”, “ama de casa”, “bellas durmientes”. Por limitaciones de espacio, realizaremos un recorte y nos detendremos solo en algunos de los ensayos que integran la obra.

“Sufrir y leer” es el ensayo inaugural. En este, Glantz se construye como una lectora sufriente y rememora aquellas experiencias de lectura que dejaron huellas o más bien heridas en ella: “una página de ciertos libros es como la punta de la daga, entrando, parsimoniosa, en mi corazón” (7). *Crimen y castigo* (1866) de Dostoievski, *Madame Bovary* (1857) de Flaubert, *Santuario* (1931) y *Las palmeras salvajes* (1939) de Faulkner, son algunos de estos textos. La autora traza el itinerario y con un tono risueño y novelesco comparte las impresiones y los diálogos imaginarios que mantiene con los escritores, pero, sobre todo, con los personajes femeninos. El nombre de la monja portuguesa “Mariana Alcoforado” le da título al segundo ensayo y da comienzo a la fascinante serie de textos dedicados a la novela epistolar, entre las que se destacan, además de las *Cartas de la monja portuguesa* (1669), *Pamela* (1740) y *Clarissa* (1748) de Richardson. Se incorporan anécdotas muy curiosas referidas a la composición de las obras, se interpolan fragmentos de los discursos dramáticos de las heroínas y de manera novedosa, Glantz se centra en la relación entre los autores y sus creaciones femeninas: “el yo narrativo es el de una joven que habla de sus peripecias desde la pluma de un varón [...] era el hombre quien decidía sobre su psicología, quien la narraba y co-

rregía la mirada con la que se podía contemplar el propio cuerpo” (20-21). En línea con los textos anteriores, el quinto ensayo, denominado “Cuando las relaciones se vuelven peligrosas”, analiza de manera exhaustiva cuestiones que atañen a los juicios de moral que pesaban sobre ciertas obras en el momento de su publicación y cómo estas circulaban clandestinamente. El caso que toma como referente es, como se anuncia en el título, *Las relaciones peligrosas* (1782) de Laclos.

Por otro lado, Glantz dedica una serie de ensayos celebratorios a la figura autoral que considera “una de las más consumadas y perfectas escritoras de todos los tiempos” (40), la escritora inglesa Jane Austen. El séptimo ensayo “¿Es Jane Austen nuestra contemporánea?” es uno de los textos más interesantes del volumen. La autora establece algunos paralelismos entre Austen y sus entrañables heroínas: “se dedicó como la más pequeña de las hermanas Bennet, a bailar frenéticamente en cuanto baile le quedaba a mano y quien luego [...] sería la imagen de la misma solterona” (39). Además, se detiene en su última e inconclusa novela, *Sanditon* (1817), en el ámbito de escritura y destaca, en gran medida, la contemporaneidad que anticipan sus célebres obras. “Antes que Emma Bovary estuvo Jane Austen” es el texto que complementa el ensayo anterior. A diferencia de este último, aquí se marcarán las divergencias entre Austen y sus heroínas y se analizará cómo Catherine Morland, protagonista de *La abadía de Northanger* (1817), funciona como antecedente paródico de la Emma Bovary de Flaubert, en el sentido de que ambas se construyen como lectoras asiduas de novelas románticas:

Austen les concede a las mujeres inteligencia y sentido común, capacidad crítica, discernimiento y, sobre todo, una intuición creadora, esa intuición y ese mismo sentido común que hacen de ella una gran novelista (49).

El noveno ensayo, “Los secretos de una mano”, presenta una interesante reflexión sobre la vieja ceremonia casamentera de la petición de mano, a partir de una escena jocosa del texto dramático *La celosa de sí misma* de Tirso de Molina:

Es, literalmente, el amor a ciegas, y la única certeza que existe es una concesión de mano [...] Tirso mutila el deseo y lo concentra en una parte de la anatomía, echando mano de esa figura retórica conocida como sinécdoque (52).

Finalmente, en el décimo ensayo, “La bella caligrafía: Emma”, Glantz vuelve a Austen (como lo hará a lo largo de todo el volumen) y a partir de la novela *Emma* (1815) y del análisis de la heroína, reflexiona acerca del acceso de las mujeres a la escritura en la época:

Jane Austen gobierna el mundo desde un rinconcito ignorado del campo inglés, acurrucada en otro rinconcito de la sala, garrapateando sus novelas [...] terminándolas con cuidado y publicándolas de forma anónima. La escritura ha triunfado. Es la única arma de esas jóvenes (62).

Notamos, entonces, que la escritura de Glantz delinea constelaciones en las cuales revisita y dialoga con sus ensayos, traza relaciones entre estos, los entrelaza.

El período victoriano cuenta con innumerables escritoras entre las cuales se destacan las hermanas Brontë, George Elliot y Elizabeth Gaskell, amiga de Charlotte Brontë y quien escribe *Vida de Charlotte Brontë* (1857). Así, a partir de esta biografía de una mujer, escrita por otra mujer, Glantz presenta el decimocuarto ensayo de su libro, titulado “Charlotte Brontë”:

Fue una mujer en exceso conservadora por educación y gusto, y a la vez profundamente liberal y capaz de enarbolar ciertas doctrinas feministas que le fueron criticadas con crueldad

[...] en especial su preocupación frente al sexo y un sólido y definitivo razonamiento que le permitía enfrentarse con madura y cuerda circunspección a un tema equívoco en la era victoriana, cuya moral sexual aún padecemos imperceptiblemente. *Jane Eyre* es, en muchos aspectos, una novela romántica; pero, también, un texto que rompe con muchas de las convenciones literarias y sociales de su tiempo (80).

“George Elliot” es el decimoséptimo ensayo y en él, la autora analiza de manera breve pero exhaustiva la vida y la obra de Mary Ann Evans, el nombre de la escritora que se escondía tras el seudónimo de Georges Sand. Destaca el feminismo peculiar y profundo, en la línea de Austen, en el sentido de que su mirada sobre los personajes femeninos no es tierna ni indulgente sino más bien crítica. Un ensayo particular y sumamente interesante es el decimonoveno, titulado “Las hermanas de los genios”. La autora se pregunta de manera fervorosa qué es lo “que pasa con una mujer que crece en una familia donde hay varios genios (varones) o con una mujer que se une a un gran hombre, si esas mujeres tienen, por sí mismas, genio” (105). Comienza citando *Un cuarto propio* (1929) de Virginia Woolf y la invención que la escritora hace de una hermana de Shakespeare para finalmente centrarse e indagar sobre el lugar de la mujer en el siglo XIX, a partir de la figura de Alice, la hermana del escritor Henry James, cuya celebridad mayor, pese a haber escrito un diario, fue haber sido la hermana menor, achacosa y casi inválida de los James.

En el vigésimo ensayo, “Las tribulaciones del martirio”, Glantz lee de manera crítica el relato de la vida (y el martirio) de algunas santas del cristianismo como Santa Bárbara o Santa Inés:

Del transcurso silencioso de la casa, del remoto anonimato que las excluye de la historicidad, las jóvenes doncellas, ansiosas de martirio, sur-

gen a la luz con escándalo y alboroto. Su santidad se exhibe y se ostenta en la desnudez: la desnudez absoluta del cuerpo abierto, tajado, arañado, malherido (112).

En “A menudo, Virginia Woolf olvida”, el trigésimo ensayo, dedicado a la gran escritora inglesa, la autora le da la palabra a Woolf, que relata sus experiencias de escritura, los fascinantes mundos que construye y también la relación estrecha con sus heroínas. Más adelante, en “Conversación entre mujeres”, Glantz se detiene en la condición marginal de dos escritoras, la emigrante y mestiza Jean Rhys, inglesa nacida en las Antillas, y en otra “marginada solo que del otro lado” (181), Djuna Barnes, escritora norteamericana que vivió muchos años en París. En los particulares relatos de ambas se habla siempre de una condición femenina marginada, violenta y desesperada: “nos precipitan sin melindres en el desconcierto de seres que oscilan entre la violencia de su intimidad y el desafuero del mundo” (182).

Hacia el final, Glantz deja por unos momentos a las escritoras de lengua inglesa y en esa cartografía que traza llega a la poesía japonesa. Sumamente interesante resulta el capítulo denominado “Un suave desorden de cabello”, dado que nos devela y acerca a las costumbres orientales. La autora se detiene en un género de poesía japonesa llamado “tanka” y menciona al máximo representante, el poeta Tekkan Yosano. Sin embargo, como es esperable, el texto no se centrará en él sino en su esposa, la poetisa Akiko Yosano. *Midaregami* (1901), o en español, *Cabellos revueltos*, es la obra maestra de Akiko, un poemario en el que describe el cuerpo femenino: “su poesía es de protesta contra la sujeción de las mujeres, canta la gloria de la carne y simpatiza con las abandonadas, las prostitutas, las mujeres que esperan siempre” (195). Si consideramos que mantener el cabello femenino perfectamente peinado era un signo de moralidad, mientras que las mujeres que lo tenían suelto o

desordenado eran consideradas inmorales o libertinas, la autora afirma que el texto de Akiko les permitió a las mujeres japonesas ser libres con su cuerpo, aunque sea solo en la poesía (196).

“¿Y por qué no terminar este libro hablando de Frida Khalo, la figura más mitologizada que determina «la esencia de lo mexicano?»” (201); así comienza “La fosilización de Frida Khalo”, ensayo que clausura el volumen. Resulta interesante y significativo que Glantz, una gran figura de las letras mexicanas, cierre el volumen con la evocación “la más internacional de nuestras artistas” (201). Señala que Khalo sobrepasó la fama de Diego Rivera, detalla la envergadura y mitificación de su figura en México y el mundo y, a modo de cierre, como si se tratara de cajas chinas, la autora detiene su mirada fragmentaria y femenina en la mirada de una mujer sobre otra mujer: en el museo Frida Khalo, Glantz observa con asombro cómo la fotógrafa japonesa, Ishiuchi Miyako, intenta captar la esencia de Frida Khalo en sus prendas y objetos personales. El volumen se cierra con una extensa lista de obras mencionadas, útiles a los efectos de leer y comprender el texto.

En *El texto encuentra un cuerpo*, Margo Glantz diseña un itinerario de mujeres escritoras de diversos puntos del orbe y con un lenguaje claro, sofisticado, y una sensibilidad extrema revisita biografías y obras de mujeres escritoras. El libro es una gran obra ensayística de la escritora mexicana que nos permite visitar diversos textos literarios, a partir de –como reza el epígrafe de esta reseña– una mirada excepcional, significativa, fragmentaria, pero, sobre todo, femenina.